

Roberto García-Peña, periodista y hombre ejemplar*

EDUARDO CAMARGO GAMEZ**

Muchos de ustedes, seguramente, se extrañarán de que sea yo, con una insignificante personalidad apenas comparable, por el lado negativo, a la positiva e inmensa del homenajead, el escogido para ser el vocero de las fundaciones "Universidad de los Libertadores y Escuela Superior de Formación Profesional INPAHU", para decir unas cuantas palabras en este momento que honra a las dos instituciones y en el cual el Presidente de los Consejos Superiores de ellas, doctos Hernán Linares Angel, a nombre de la Asamblea de Fundadores, impondrá la "Orden Universitaria Los Libertadores", en su máxima categoría, a don Roberto García Peña, Director Emérito de "El Tiempo" y miembro eminentísimo de las dos Fundaciones, con ocasión de haber cumplido once años de actividad la primera y de estar culminado, la segunda, sus primeros tres años de vida durante los cuales ha logrado ya un sitio cimero en la vida universitaria colombiana. Pero sí hay una razón, tal vez la única, que justifica mi presencia en esta tribuna y es la de haber sido, por espacio de medio siglo, compañero, discípulo y amigo de este recio varón de toda varonía que, a través de los años cumplidos en el ejercicio del periodismo —que para él es un apostolado— ha sacralizado, en el concepto de

* Palabras pronunciadas durante el homenaje rendido por la Universidad de los Libertadores al eminente escritor y periodista Roberto García Peña, director emérito de el diario "El Tiempo" de Bogotá.

** Periodista y escritor, exjefe de redacción del diario "El Tiempo" y decano de la facultad de periodismo de la Escuela Superior INPAHU.

quienes de una o de otra manera lo conocen, tres principios iluminantes sobre los cuales ha edificado e idealizado su profesión: son ellos la lealtad, palabra de encumbrada nobleza en el catálogo de la virtud social; la bondad que para él, como para Benavente, es la alegría de sembrar más que la de recoger y la amistad que para García Peña es más valiosa que los sentimientos políticos, filosóficos o religiosos por sobre los cuales pasa, sin dificultad alguna, para lograr conservarla y fortalecerla.

Pero dejemos que sea otro de los grandes de la patria, figura pinnacular del periodismo y de las letras colombianas y tal vez quien mejor ha pulsado las excelencias de su personalidad, quien dibuje un retrato espiritual de García Peña y lo presente, de cuerpo entero, ante sus compatriotas. Dice así Alberto Lleras al examinar algunas de las virtudes de este hombre ejemplar: "Hay en él un gran escritor que se dá rienda suelta y vacaciones en la columna "Rastro de los Hechos" donde muestra —y aún a veces exhibe— lo mejor de su alma. Y en eso sí hay unanimidad en Colombia. En la bondad, la generosidad y la nobleza de esa alma que se llena de compasión por los sufrimientos de las gentes pobres, humildes o perseguidas, se ilumina de fé por las palabras de los pontífices y por la grandeza de su iglesia, de ternura por los versos de los poetas amigos, de amor por todas las cosas amables que hay sobre la tierra. A medida que pasan los años esa condición de García Peña se hace más notable y aún nos parece, a quienes lo conocemos desde la adolescencia, que ha tenido que expandir su cuerpo, su pecho, su cabeza misma, para que le quepa tanta bondad y generosidad en su forma humana. Hace unos años —sigue afirmando Lleras Camargo— comenzó a parecerse a Renán: grande, gordo como un obispo, con movimientos pausados y casi solemnes que no le iban bien al francés con su fama de heterodoxo. Pero hoy es episcopal y aún cardenalicio, dentro de la más firme ortodoxia católica, con desvíos metafísicos apenas perceptibles cuando se va detrás de las eruditas y complejas y bellísimas concepciones de Chardín".

Todo lo anterior y mucho más, dice Lleras de García Peña llevado por la sensación que tiene del hombre, del intelectual, del escritor y hasta del poeta clandestino que es, en el fondo, este príncipe de las letras colombianas. Pero todo ello no quiere decir que, por algún motivo o por cualquier circunstancia él haga partícipes de su inmenso corazón a quienes golpean la libertad, ofenden la democracia y practican la dictadura en detrimento de los derechos

humanos. "Los trata —dice Lleras— con una ferocidad republicana que le nace de su ascendencia y su vida liberal del siglo XIX, que le ha costado no pocas persecuciones de las cuales se siente orgulloso, si cupiera vanidad en ese corazón sin enredos".

A lo largo de más de cincuenta años de tarea en "El Tiempo", la mayor parte de los cuales dirigió esa nave de la inteligencia colombiana como su máximo comandante, García Peña rindió culto a la libertad en todas sus formas sin aceptar que ella pudiera sufrir mutilaciones, o ataques o interpretaciones interesadas que pudieran demeritar su verdadera y prístina esencia. En los labios y en la pluma de García Peña podrían colocarse también aquellas palabras que Cervantes puso en boca de Don Quijote cuando el hombre de la Mancha decía a su escudero: "La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos. Con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra y el mar encubre. Por la libertad, así como por la honra, se puede y se debe aventurar la vida". Y bien que tuvo este hombre, este periodista cimero, este colombiano sin tacha y sin miedo, la oportunidad de poner en práctica esta hermosa definición cervantina, cuando el fatídico 6 de septiembre de 1952 elementos de la policía nacional, inspirados y dirigidos por el dictador civil de aquellos días, cuya sordera cósmica le impedía escuchar la protesta pública, incendiaron las instalaciones de "El Tiempo" para acallar, con la implacable fuerza de las llamas, esa ilustre tribuna que todos los días expresaba el clamor de las gentes contra la arbitrariedad, contra la violencia y contra los voceros de la anti-patria. De esas cenizas, que el viento no se llevó pero que si cayeron para signarlos de por vida, sobre las frentes de los autores de tan infame atentado, surgió de nuevo la voz editorial de García Peña quien como Fray Luis, al regresar a su cátedra de la Universidad de Salamanca después de haber sido retirado de ella contra su voluntad, reanudada el acercamiento a sus alumnos con un "decíamos ayer. . ."

Más tarde, en la noche del 3 de agosto de 1955, los genizaros del señor Rojas Pinilla se presentaron a la casa de "El Tiempo" para clausurarlo por la circunstancia de que su director no se plegó a la absurda y grosera orden del dictador de publicar, durante 30 días, en su primera página, un asqueroso "comunicado" elaborado por los áulicos de su gobierno, por medio del cual se quería hacer aparecer al periódico como rectificando, humilde y servilmente, lo que se había escrito con orgullo, con valentía y con honradez contra el presidente de facto que en Quito había tratado de desfi-

gurar la verdad con declaraciones mentirosas sobre hechos de sangre ocurridos en Colombia ordenados por él y explicados inútilmente con el señuelo de un accidente de tránsito.

Este hombre, pues, como Alberto Lleras dijera del doctor Eduardo Santos, está hecho de libertad, pero a ello podríamos ahora añadir que también lo está de honradez y de bondad. Como periodista escribió una definición del oficio que, en concepto de muchos, condensó en pocas líneas lo que debe ser tan hermosa y apasionante profesión. "Entiendo mis obligaciones de escritor y de ocasional orientador de la opinión pública —decía García Peña al recibir el premio nacional "Simón Bolívar" que le fue otorgado en 1976— algo así como un místico sentimiento sacerdotal, permanente y alerta notario de la verdad, centinela suyo, apóstol de su ejercicio y mantenedor de su excelsa y augusta preeminencia" y luego agregaba, como despojándose para la historia de un pedazo de alma: "Ser honesto en lo que se dice y se conceptúa, huir de la ambigüedad, mantener la raíz ética de la conducta, auscultar a cada instante dónde está el legítimo interés de la sociedad a fin de entenderlo y procurarlo y combatir valerosamente, tenazmente, por las causas que más importen al bien común y más signifiquen realidad del progreso espiritual y material de nuestra circunstancia nacional, he ahí, a manera de regla de oro de mis quehaceres periodísticos, este irreversible designio, originado en mi ardiente deseo de prolongar la noble tradición de lo que un día, inesperadamente, vino a mis manos".

En esta "regla de oro" de García Peña, que debe ser también la de todo periodista que sea un auténtico veedor de la verdad y un defensor de las libertades humanas, están basadas las columnas éticas que sirven de plataforma inmodificable a la estructura académica y técnica de la Escuela de Periodismo de INPAHU, que en sus once años de existencia ha provisto a los medios de comunicación —en un alto y enaltecido porcentaje— de los elementos profesionales que ellos requieren para su desarrollo. Nuestros alumnos saben porque lo aprenden con amor y con fé, cuales deben ser las rutas espirituales de la nación colombiana. Saben también que ellos, como bien lo afirma García Peña, son los notarios de la historia porque han hecho de la verdad y la objetividad sus armas únicas de combate. Por ello podemos ufanarnos de un liderazgo reconocido por quienes dirigen y orientan hoy la prensa y los medios hablados y visuales. Y mañana, cuando los primeros egresados de la facultad de periodismo de la Universidad de Los Liberta-

dores salgan a alinderarse en las comarcas de la comunicación colombiana e internacional, se comprobará de qué manera se procede con responsabilidad en estas dos instituciones y cómo ellas defienden y defenderán, en todo momento y bajo cualquier circunstancia, esa libertad de prensa que ahora quiere ser vulnerada por un adefesio que, en forma de proyecto de ley, han querido hacer llegar al parlamento tres o cuatro interesados en deformarla y en desconocer la libertad de enseñanza, la libertad de expresión y la que tiene la empresa privada para darse sus propios reglamentos con ajuste a la ley, a la ética y al ordenamiento jurídico de la sociedad, principios que tienen asidero en nuestra Carta Fundamental que sigue rigiendo aún cuando muchos pretendan ignorarlo. Nunca hemos creído, sin embargo, que el señor presidente de la república, periodista integral si los hay, se preste al juego de presentar al congreso, por medio de sus voceros, semejante adefesio. Y prueba de ello es la reciente declaración de una de sus más eminentes colaboradoras, según la cual el malhadado proyecto tendrá que ser revisado pues no existe el consenso gremial que el jefe del estado quería para que su nombre se vinculara a la reforma de la ley que reglamenta en la actualidad, en forma defectuosa, desde luego, la profesión de periodista.

A Roberto García Peña, señores y amigos, podrán tributársele todos los homenajes, que bien merecidos los tiene, pero quienes hemos tenido el privilegio de haber estado a su lado durante tanto tiempo y de conocerlo un poco mejor que el resto de sus compatriotas, tendremos que reclamarle el hecho de que no haya dado cabida en su "dossier" de escritor público y para regusto de quienes lo leen y lo comprenden, un poco de esa poesía rimada que encierra inmenso amor por la belleza que San Agustín definió como "la verdad clara y la bondad perfecta" y una contagiosa alegría juvenil que salta y se enreda entre las rosas y las azucenas que enmarcan la geografía de sus sentimientos. "Aquí estamos, Roberto, los poetas que hace años estamos escuchando la música secreta que orea tu corazón de trigo en este mundo", le decía algún día Eduardo Carranza, el gran maestro cuya obra y cuya imagen prevalecen y prevalecerán siempre en el corazón de sus amigos. Aquí estamos, podría yo repetir ahora, quienes en las intimidades de aquella inolvidable redacción de "El Tiempo" de la cual hice parte y que constituye un instante estremecido de emoción en mi vida, le escuchábamos a usted cuando ya la misión diaria estaba cumplida antes del amanecer, cantar con la segunda voz de Lope Restrepo, otro inolvidable y ya desaparecido compañero, fragmentos de

"El Trovador", "El Barbero de Sevilla", "Rigoletto", "Marina" y "Aída" con diapasones que hubieran envidiado los mejores "divos" de la Scala de Milán, intervenciones líricas que siempre usted remataba con los primeros versos de dos o tres sonetos de amor que a sotto-voce nos revelaba que eran de su cosecha pero que a nadie lo fuéramos a decir.

Menos mal que en sus comentarios dominicales, donde Ajax se venga con acerbía del serio y convincente editorialista, algo de esa poesía clandestina ha salido a la luz, claro que en prosa —eso sí limpia y rumorosa— y allí el viajero del espíritu transita al lado de Cervantes, de Azorín, de Pérez Galdós, de Ramiro de Maeztu, de Pío Baroja, de Valle Inclán, de don Jacinto y de otros colosos de la lengua de Castilla que usted lleva de la mano en sus andaduras manchegas o en su trasegar por las llanuras de Andalucía. Es esa misma poesía sin rima que usted nos regala cuando va de viaje por los caminos del ensueño en compañía de Sartre, de Rimbaud, de Anatole France, de Saint-Exupery, de Verlaine, de Giradoux, de Galdy, de Mallarme y de otros grandes de Francia en paseos por las luces de París o por los verdes ropajes de la primavera en la Galia inmortal. Y es esa misma poesía la que usted nos comunicaba en sus inolvidables charlas intelectuales que alguna vez hicieron exclamar a Camacho Ramírez, uno de nuestros grandes valores líricos ya también liberado para siempre de la envoltura humana: "Si Roberto se dedicara a la poesía —y afortunadamente no lo hará— nada quedaría de nuestra generación de "Piedra y Cielo" ni de la de los "Cuadernícolas" y la catedral de Colonia se vendría abajo así fuera de grande el esfuerzo de Juan Lozano para sostenerla.

Queridos amigos: este homenaje que hoy rendimos emocionadamente a uno de nuestros fundadores y con el cual queremos interpretar lo que la juventud universitaria siente por este maestro del espíritu, por este gonfalonero de la verdad, del pudor idiomático, de la belleza y de la bondad, es apenas una muestra del afecto que por él sentimos y que habrá de inspirarnos por el resto de nuestros días. Recíbalo usted, Roberto García Peña y dése cuenta de que los golpes de sangre de su gran corazón le estarán diciendo que él es sincero.

Muchas gracias